



FRENTE AMPLIO

Aporte al proceso de balance, autocrítica y perspectiva

“(...) yo quiero agregar un elemento más acerca de nuestra manera de hacer política, nuestro plantarnos en el escenario en el momento actual, nuestro reclamar reglas de juego y fijar y marcar la cancha. (...) tiene que ver con la toma de conciencia de lo que yo señalaba como elemento sustantivo de la lucha política. Y es acostumbrarnos a la responsabilidad de nuestros actos, acostumbrarnos a examinar nuestros traspies o nuestros fracasos. No tener aquella posición elemental de achacar todos los problemas al imperialismo y a la oligarquía, que son, sí, responsables de la situación en que se encuentra el mundo entero y nuestro país. Pero que constituye muchas veces un escape fácil frente a nuestros errores: achacar, repito, todo al imperialismo y la oligarquía. Y no es así. Debemos medir cuidadosamente nuestros errores como única forma de superarlos y de marchar por la buena senda.”

Gral. Líber Seregni

Discurso en la Explanada de AFE. Febrero de 1996

1. Introducción.....	2
2. Balance	2
3. Autocrítica	4
3.1 Los gobiernos.....	4
3.2 El Frente Amplio	6
3.3 La campaña electoral	9
3.4 El FA y el cambio histórico acelerado	9
4. Perspectivas	11
4.1 El Fa desde la oposición	11
4.2 Un nuevo acuerdo político y social	12
4.3 Reforma del funcionamiento orgánico del FA	13
4.4 Organizar la participación política en el siglo XXI	14
4.5 El terreno del pensamiento, el conocimiento y las ideas	14
4.6 Comunicación política en la era digital	15
4.7 El territorio y la descentralización.....	15

1 Introducción

El Frente Amplio se encuentra aún bajo el efecto de la derrota electoral de octubre y noviembre de 2019 y debe prepararse para una nueva etapa histórica haciendo una profunda autocrítica. El análisis debe incluir la estrategia seguida en los últimos años, la tendencia a la burocratización de sus cuadros partidarios y de gobierno, la absorción de su capacidad de liderazgo y militancia por la gestión del Estado, el desarraigo de su estructura para el trabajo político entre la gente, así como la permisividad y la lentitud para responder ante los errores y faltas cometidos por algunos de sus miembros. Unido a este proceso de análisis interno, aparece la necesidad de pensar en una nueva estrategia que atienda a las debilidades más urgentes y produzca una hoja de ruta para el mediano y largo plazo sobre la base de la renovación del acuerdo político y social que nos sustenta.

El Frente Amplio, máxima expresión de la unidad de la izquierda, debe hacer saber a la ciudadanía que es capaz de una clara autocrítica de sus gestiones de gobierno, de su debilitada agenda de cambios en los últimos años, de la errada perspectiva de eludir la crítica a la conducta de sus integrantes para no darle pasto a la derecha. Y tiene que reconocer también, que su actual estructura, pensada originalmente en el último tercio del siglo pasado y retocada en éste, debe fortalecerse y completarse con nuevas formas de participación a efectos de reflejar las relaciones sociales y la sensibilidad de la sociedad uruguaya del hoy.

La derrota política sufrida no conlleva el desbande. El Frente Amplio se reafirma como la primera fuerza política del país y mantiene el 40% del parlamento, conserva una poderosa capacidad de movilización electoral, en parte basada en su estructura, pero por sobre todo, en un sentimiento frenteamplista compartido que ha marcado la historia del país y mantiene su plena vigencia en tanto productor de sentido e identificación política.

Los 30 años de gobierno en Montevideo y los 15 de gobierno nacional han dejado un país no solo mejor sino diferente. El desafío es apoyarse en esas fortalezas y transformaciones para relanzar la herramienta, con una nueva estrategia y con un mejor desempeño en la comunicación política, que permita expresar la diversidad de visiones internas recuperando al mismo tiempo la fortaleza de la unidad de acción, la fraternidad frenteamplista y la elaboración conjunta.

Estos cambios deberán procesarse además en un mundo que no se parece en casi nada al de siglo XX, el cual es preciso entender y reconocer si es que todavía pretendemos modificar una realidad que, a pesar de las transformaciones progresistas, no ha eliminado la injusticia y la exclusión social, la explotación de unos uruguayos por parte de otros, ni ha develado todos los mecanismos que mantienen ideológicamente sujetos a una parte importante de los sectores populares que el Frente Amplio pretende representar.

2 Balance

Para entender cómo llegamos a la situación actual, hay que observar dos procesos que convergen operando en forma progresiva y en paralelo a buena parte del trascurso de los quince años en el gobierno. Estos son, por un lado, el debilitamiento político-cultural de la izquierda y por otro, la mayor eficacia de las derechas para generar y captar, en un espectro político amplio, formas de descontento con el Frente Amplio, en particular con su expresión y desempeño en el gobierno.

La erosión de la incidencia político electoral del FA responde a factores tanto endógenos como exógenos, lo cual implica entre otras cosas, más errores políticos de nuestra parte y menos del adversario, así como nuestra baja capacidad para tomar cabal nota del propio debilitamiento y activar reacciones adecuadas en tiempos oportunos. La sensación es que nos mantuvimos en un clima de autoconvencimiento, tanto sobre nuestras posibilidades electorales como sobre la valoración positiva de nuestro gobierno, que corrió en paralelo a una percepción desajustada de la potencialidad política de nuestros adversarios.

No pudimos o supimos enfrentar suficientemente la tendencia a una creciente incidencia de discursos de derecha en el mundo y la región, que también permean e inciden en la sociedad uruguaya. Algo que, entre otros ámbitos, se expresó a partir de la construcción de mensajes y relatos por parte de medios de comunicación que actuaron de manera muy sesgada.

Este tipo de problemas hacen visibles sus efectos ya unos diez años atrás, momento en el que se produce una inflexión en la acumulación político electoral de la izquierda. Si bien los votos nos alcanzaron para ganar tanto en 2009 como en 2014, manteniendo en ambos casos mayorías parlamentarias, ya entonces era posible visualizar señales de pérdida de adhesión de la ciudadanía, en particular en las nuevas generaciones de votantes. La fuerza demográfica que empujaba al crecimiento de la izquierda se desaceleró, las nuevas generaciones de votantes que anteriormente nos apoyaban de forma extensamente mayoritaria, empezaron a reposicionarse ante lo instituido en el contexto del inusitado crecimiento económico de algunos sectores de actividad que promovió un cambio de lógica hacia un nuevo discurso de apuesta al emprendimiento personal en oposición a un proyecto colectivo, que ya no les convoca en la misma medida.

Como corolario, en el 2019 los números marcan que sufrimos una estrepitosa caída en la primera vuelta electoral – perdiendo 185 mil votos respecto de la anterior elección - que nos retrotrae a niveles de 1999 cuando el Dr. Batlle logró la Presidencia de la República. En aquella oportunidad como Encuentro Progresista Frente Amplio, en plena curva ascendente, logramos el 39,1% de los votos, que reportaron 40 representantes y 12 senadores/as. En octubre del año pasado los números fueron 40,5% de los votos, con 42 representantes y 13 senadores/as alcanzados.

A diferencia de aquella oportunidad, donde en la segunda vuelta perdimos el gobierno nacional por 8 puntos (52,5% contra 44,5%) frente a una coalición conducida apenas por el Dr. Batlle y el Dr. Lacalle, en el balotaje del pasado noviembre, que se dirimió ante una “coalición multicolor” integrada por la casi totalidad del espectro político restante, impulsada por un fuerte espíritu anti frenteamplista, la diferencia fue de apenas 1,6%, porcentaje similar al que alcanzaron los votos en blanco.

Asimismo, y si bien individualmente considerado el Frente Amplio permanece como la mayor fuerza política del país, las elecciones de octubre 2019 y setiembre 2020 nos confirman como una fuerza primordialmente metropolitana. En el 2019, mientras en Montevideo, Canelones y San José acumulamos el 45,6% de los votos válidos, en el resto del país suma apenas el 30,5%. La pérdida de votos en el total nacional es del 16,3%, siendo más marcada en el interior no metropolitano (casi la cuarta parte), con una marcada incidencia en los departamentos fronterizos con Brasil: casi 40%.

La mañana del 28 de octubre de 2019 los frenteamplistas despertamos abruptamente a la realidad de un fuerte cuestionamiento negativo de una parte importante de la sociedad - esencialmente del interior del país - que involucra incluso a ciudadanos con históricos lazos comunes, “desencantados” con el accionar de nuestra fuerza política.

3 Autocrítica

Al abordar la autocrítica que reclama el tiempo político presente, entendemos pertinente poner la mirada simultáneamente en tres aristas: en primer lugar, los problemas asociados a las gestiones del gobierno nacional; segundo, en las debilidades políticas y organizacionales del FA como actor partidario y por último en los procesos políticos y la ejecución de las estrategias electorales en el marco de la última campaña. El peso relativo de cada una de estas cuestiones puede ser variable de acuerdo con el punto de vista, pero está claro que ninguna puede ni debe ser soslayada.

Incorporaremos además una cuarta dimensión de análisis referida al acelerado cambio histórico que ha pautado las últimas décadas de historia y la forma en la que el Frente Amplio ha procesado e integrado esa dinámica a su quehacer y definiciones políticas.

3.1 Los gobiernos

Después de tres gobiernos razonablemente exitosos, el FA demostró a los ciudadanos y a la región que se trata de una fuerza política responsable y capaz de ejercer el gobierno con ventajas respecto a sus competidores. Entre los logros no menores de estos 15 años se encuentra una disminución enorme de la desigualdad social y la pobreza, un crecimiento económico sostenido que incluyó una mejora constante del salario real y las pasividades, o un ciclo de conquista de derechos para los trabajadores y diversos colectivos vulnerables y discriminados, que tiene escasos antecedentes en la historia del país. No hay dudas de que nuestros gobiernos favorecieron a la mayoría absoluta de las personas. Sin embargo, el Frente perdió las elecciones.

Este proceso de transformación tuvo un particular destaque en el primer gobierno en el cual se llevó adelante una amplia agenda de reformas estructurales con resultados positivos en prácticamente todas las áreas de la vida nacional.

Durante los dos últimos gobiernos frenteamplistas, incluyendo una transición en el marco de notorios inconvenientes y disputas, es posible encontrar costos en términos de respaldo de la ciudadanía. El segundo gobierno estuvo caracterizado por una importante movilización social, la consagración de una agenda de derechos de nueva generación y una apuesta relevante al país productivo con el Estado jugando un rol protagónico en la promoción y orientación del modelo de desarrollo, pero las ineficiencias en la gestión y las fallas en la coordinación dejaron costos que se vislumbraron con mayor profundidad luego de finalizado el mandato. Aquel período dejó importantes desacomodos en ANCAP a partir de un manejo conflictivo del tema y tensiones internas mal resueltas en el gobierno. En torno a algunos grandes proyectos finalmente frustrados como el del Puerto de Aguas Profundas, Aratirí, el tren de los Pueblos Libres o la planta regasificadora de Gas Sayago, se generaron expectativas desmedidas que no se manejaron adecuadamente ni desde el punto de vista político ni comunicacional, volviéndose posteriormente en contra de la imagen y legitimidad política de nuestro desempeño en el gobierno.

Un problema transversal a los tres gobiernos, pero que adquiere una particular relevancia a partir del segundo, lo constituye la política de defensa y en particular el relacionamiento con las Fuerzas Armadas. Aquí la crítica central pasa por la falta de capacidad para establecer una transformación doctrinaria que se apartara definitivamente del marco de la “Seguridad Nacional”, modificando sustantivamente la formación de las nuevas generaciones de oficiales.

Tampoco fuimos capaces de desmontar la falsa teoría de los dos demonios que pretende situar la dictadura militar como respuesta a las acciones de la guerrilla y no contra la militancia de las organizaciones gremiales y políticas progresistas, armadas solo con sus convicciones.

Sin dejar de reconocer los notorios avances en materia de memoria, verdad, justicia y derechos humanos en el pasado reciente, los resultados lucen aún insuficientes. Tampoco se estuvo a la altura de las expectativas con relación a la reforma del sistema de pensiones militares ni en el alcance de la reformulación de la ley orgánica militar.

En este último período de gobierno, la agenda progresista en el gobierno padeció de un claro debilitamiento. Sin emprender grandes reformas, los proyectos más visibles como la instalación de UPM, el plan de cuidados o el impulso a la inclusión financiera no cobraron el vigor político necesario. La economía refrenada generó un obvio malestar, el decreto de esencialidad en la educación –herida profunda e innecesaria–, sumado a un alejamiento grande del interior y la incompreensión del fenómeno Un Solo Uruguay, conforman hitos que se reflejaron en pérdida de adhesión partidaria.

Durante ese período un factor sustancial, que luego abordaremos, fue todo el tortuoso proceso que culminó en la tardía renuncia del vicepresidente de la república y en la aún más tardía resolución de la fuerza política a partir del dictamen del tribunal de conducta política sobre sus faltas a la ética.

Es evidente que en el tercer gobierno hubo un enlentecimiento de las reformas, no se encararon segundas reformas que profundizaran la primera ola (por ejemplo, en salud) al tiempo que la fuerza política asumió un relato triunfalista, reivindicativo de todo lo que se había hecho bien, pero que no daba cuenta de las materias pendientes. Un tipo de tónica discursiva que a una parte de la sociedad le resultó lejana y marcada por la soberbia. En este sentido, el hecho de no haber realizado cambios en el gabinete durante todo el período perjudicó la imagen del gobierno y por extensión la del Frente Amplio.

El deterioro de la seguridad pública, a pesar de la enorme inversión realizada que incluyó una extensa reforma del aparato policial; la incapacidad para acordar un rumbo de reformas en la educación, donde se mostró una voluntad de priorización expresada en una inversión sin precedentes, pero que no fue acompañada por un liderazgo claro ni por resultados en la calidad de la enseñanza; las dificultades para asegurar el mismo nivel de calidad en la atención en salud para toda la población, luego del enorme esfuerzo por universalizar el acceso, son solamente algunos ejemplos de temas en los que el Frente Amplio no tuvo capacidad de respuesta acorde a las expectativas de la población y al análisis frío de su propia gestión.

El horror que significa la violencia basada en género y la ola de femicidios como una de sus expresiones más crudas, continúa interpelando la capacidad de las políticas públicas en la materia desarrolladas durante nuestros gobiernos. Los servicios orientados a prevenir estos crímenes, así como aquellos dedicados a amparar, contener y asistir a las víctimas no fueron lo suficientemente priorizados y no alcanzaron los grados de efectividad y cobertura que la realidad exige con dramatismo. Por otra parte, la declaratoria de emergencia sobre el tema llega de manera claramente tardía y no termina de producir efectos palpables.

En lo que respecta a las agendas sobre igualdad de género y reconocimiento a la diversidad sexual se concretaron históricos avances. El Frente Amplio supo hacerse eco de las demandas del movimiento social, en particular del feminismo, que reclamaba políticas públicas que hicieran posible superar el lastre de inequidad, discriminación y subyugación padecido por las mujeres uruguayas. Si bien el veto presidencial a la primera versión de la ley sobre salud y sexual y reproductiva marcó un hito claramente negativo, no significó un obstáculo insalvable gracias al valioso liderazgo de innumerables compañeras que desde ámbitos institucionales y sociales empujaron para que los avances no se estancaran.

Las políticas relativas al ambiente, si bien existieron y se profundizaron en su coordinación con una nueva institucionalidad dependiente de la Presidencia, no se vieron reflejadas en prioridades y posturas claras, sino reactivas a discursos radicales de un lado y otro de la sociedad, que exigían conformar un posicionamiento complejo orientado a compatibilizar el desarrollo sostenible con decisiones difíciles en el marco de la instalación de UPM o la Ley de Riego, lo cual nos alejó de actores sociales naturalmente afines y derivó en un debilitamiento de nuestro liderazgo en la materia.

Los esfuerzos que llevamos adelante en la gestión, el financiamiento y el liderazgo en las políticas públicas debió traducirse en una expansión de la cobertura, la calidad y sobretodo, los resultados de los servicios públicos principales. Y aunque hay matices que es importante registrar y rescatar, estas dimensiones tuvieron una expresión particularmente problemática en los casos de la seguridad pública y la educación en donde se incumplieron de forma clara promesas de campaña, que ya al momento de ser realizadas, lucían difíciles de alcanzar.

Pero, además, cabe cuestionarse acerca del vínculo de las personas, colectivos y comunidades involucradas en las diversas políticas públicas, en particular el grado de apropiación simbólica y política por encima del rol de meros beneficiarios. El hecho de no haber alcanzado grados significativos de participación protagónica y conciencia política por parte de los sujetos de las políticas comprometió, en muchos casos, la posibilidad de que se activaran resortes de defensa de las conquistas desde la misma base social de los cambios.

En política exterior, tanto desde el gobierno como desde la dirigencia partidaria, cometimos el error de no enunciar, o no hacerlo con la fuerza y la determinación suficiente, una clara condena a la violación de derechos humanos en países gobernados por fuerzas con las que en algún momento tuvimos explícitas afinidades. Gobiernos que en la actualidad abandonaron el respeto por los marcos democráticos que les permitieron acceder al poder como en los casos de Venezuela y Nicaragua. Eso nos quitó credibilidad y lastimó la confianza ante buena parte de la población.

Ninguna de las consideraciones anteriores implica dejar de decir que nos sentimos orgullosos de nuestros gobiernos y de las conquistas alcanzadas que transformaron al país desde sus raíces. Pero ser autocríticos implica reconocer las oportunidades de mejora que no pudieron ser aprovechadas y convertirlas en aprendizajes.

3.2 El Frente Amplio

Como Frente Amplio no perdimos la elección exclusiva y fundamentalmente por la acción de la derecha, que por supuesto sí incidió y de manera importante a partir de una estrategia cuidadosamente planificada. Perdimos porque no logramos llegar a la instancia electoral con la cohesión política y orgánica imprescindible para ese trascendental desafío. Perdimos porque medimos mal los tiempos políticos, subvaloramos y en cierta forma, desestimamos la capacidad y potencialidad asociativa del adversario; porque no comprendimos la exigencia política implícita en cada una de las instancias del cronograma electoral, y por ello llegamos generalmente tarde para contrarrestar la estrategia operativa del adversario. Porque carecimos de la capacidad para leer y hacer síntesis de los planteos de la sociedad. Perdimos porque quedamos entrampados en un contexto interno de confrontación que nos inhabilitó a la hora de elaborar y hacer política hacia afuera.

Ya desde la pasada elección de 2014, en el Frente Amplio éramos conscientes de la imperiosa necesidad de afrontar una etapa de renovación política. Una renovación que debía y aún debe asentar sus bases en el plano de las ideas, las prácticas y los proyectos. Un tipo de proceso complejo y profundo que no se dirime exclusivamente a través del recambio de los elencos partidarios, pero que incluye la necesidad ineludible de alcanzar una composición más equilibrada de las capas dirigentes en términos de género y generacionales, así como la necesidad de una nueva dotación de capacidades asociadas a la técnica y manejo del conocimiento actualizado aplicado al campo de la política.

Un obstáculo para la renovación se explica porque el Frente Amplio sufrió a lo largo de los últimos quince años un proceso de burocratización, tal como le ha sucedido a tantas organizaciones de izquierda en la historia reciente y lejana. Esta tendencia estancó el proceso de cambios iniciado en 2005, como consecuencia de múltiples factores que incluyen las inercias propias de estos fenómenos, motivados por el mantenimiento de posiciones corporativas o personales, que operaron como un freno a la gestión, a la capacidad de innovación e implican un alejamiento de la sociedad.

Todo el esfuerzo realizado desde el gobierno en el ejercicio de una gestión sustentable, cuidadosa del ambiente, incluyente de la diversidad, en la diversificación, la descentralización y la eficiencia de la tarea de gobierno (no perfecta, por cierto, pero sí con un claro enfoque hacia la ética, la equidad incluyente y la justicia social), fue eclipsado en buena medida por el foco que tuvieron asuntos relacionados a la ética en la actuación pública.

Estos asuntos terminaron arrastrando a todo el gobierno y al propio Frente Amplio, ante lo cual es necesario destacar la comprometida labor del tribunal de conducta política que contribuyó a revertir la valoración negativa que recibíamos de buena parte de la opinión pública. La dimisión por primera vez en la historia de un vicepresidente se tornó en un acontecimiento a todas luces necesario pero que no terminó de resolver el problema. Una porción importante de frenteamplistas y de la ciudadanía en general, reclamó sanciones partidarias más duras que las que efectivamente se plasmaron, hecho que incidió en el clima político profundizando la sensación de “desencanto” en amplios grupos de votantes y militantes.

Asimismo, la incidencia de estos hechos en el plano del recambio de los liderazgos fue notoriamente negativa.

En lo que respecta a su alta dirigencia, el Frente Amplio afrontó en esta etapa la plena recomposición de autoridades. Luego de un cierre complejo de la presidencia de Xavier, recién en julio de 2016 Javier Miranda asumió la Presidencia de la fuerza política a partir de una elección interna con 86.403 votantes, de los cuales 17.087 anulaban el sufragio, lo cual suponía un resultado preocupante en la medida que se aspiraba llegar a más de 200 mil votantes. Miranda inició su labor en la más alta responsabilidad partidaria luego de recibir el respaldo de menos de la tercera parte de los apoyos expresados por los adherentes: 26.044 (30,1%). Toda esta situación hizo muy dificultosa la consolidación de la conducción política del Frente.

La estructura partidaria se estancó y no hubo capacidad de conducción política real y efectiva ni durante el último gobierno ni en la campaña electoral. La imagen del Frente Amplio hacia la sociedad fue de debilidad, de falta de liderazgo y carencia de visión estratégica. De una escasa presencia en la agenda pública que generó incertidumbre tanto interna como hacia afuera.

A ello se sumaban las desavenencias en la bancada legislativa, el quiebre de la disciplina partidaria que lo llevó a perder la mayoría parlamentaria, los cuestionamientos personales entre dirigentes, las conductas antifrenteamplistas y el alejamiento de representantes nacionales hacia partidos de la oposición. La idea generalizada fue la de un Frente Amplio en crisis, metido hacia adentro, en pleno proceso de autofagocitación.

No supimos, desde el Frente Amplio, comunicar con la profesionalidad y la capacidad estratégica que la hora requería. Esa notoria dificultad, de graves consecuencias, respondió a diversos factores. Uno de ellos fue una mal entendida competencia interna donde publicitar los resultados de unos era visto como perjudicial para otros. Esas mezquindades, permanentes en el tiempo y cotidianas en su ejecución, no sólo desgastaron el relacionamiento, sino que perjudicaron a toda la fuerza política.

Nuestro Frente Amplio había perdido, además, la iniciativa. Ante la incapacidad de la fuerza política de recuperarla, fue el propio gobierno nacional que tomó la tarea sobre sí. A partir del llamado a un Diálogo Nacional sobre seguridad, primero y de los Consejos de Ministros en el interior del país más tarde, intentó la defensa de la gestión a través del denominado “gobierno de cercanía”. La falta de acompañamiento político a esta estrategia por parte de la fuerza política, así como la acción de la oposición, especialmente a partir de la actitud de Un Sólo Uruguay, terminó por neutralizar el intento. Los sucesos vividos en la instancia de la inauguración de la nueva Ruta 30 son significativos al respecto.

El tema del ambiente nunca llegó a ser considerado con la relevancia necesaria para el FA como pieza clave de la estrategia de país, dejando esta bandera fundamental, y largamente cultivada en las nuevas generaciones, a la oposición demagógica y a sectores radicales contraponiendo el modelo de desarrollo sostenible que propone la izquierda. Como dijo Tabaré, el desarrollo es sostenible o no es desarrollo. Pero el tema no fue objeto de prioridad ni en el Frente ni en el gobierno y perdimos la oportunidad de su valorización como una política de izquierda clave en términos de derecho al ambiente y al equilibrio del rol de Estado ante los requerimientos de las lógicas del mercado.

Las transformaciones socioculturales en el campo de las relaciones de género han adquirido dimensiones revolucionarias. Constituyen uno de los procesos de cambio político de mayor profundidad en las últimas décadas, logrando consagrar derechos, pero también exponiendo un duro lastre de violencia, abuso y discriminación que no reconoce de fronteras y encasillamientos ideológicos tradicionales. Ha quedado instalada la pregunta sobre qué más es posible hacer en la interna de la fuerza política para colocar este tema en el centro de las ocupaciones y esfuerzos. Por lo pronto se impone analizar críticamente la composición de los espacios de poder y las dinámicas organizativas, siendo sensibles a formas de división sexual del trabajo que operan frecuentemente como una barrera a que las compañeras participen en pie de igualdad.

Al desgaste contribuyó además el esfuerzo que le exige a la fuerza política la gestión del Estado. Tuvimos, seguramente como exigía la hora, a nuestros mayores dirigentes en responsabilidades de gobierno lo cual debió al funcionamiento partidario, pero también su contracara, tuvimos figuras llevando adelante una actuación que no se correspondía con la responsabilidad, la formación, la calidad en la gestión y las formas de la institucionalidad en el Estado. Por otra parte, una tendencia al alejamiento de los cuadros políticos en la estructura del gobierno apareció como un problema tanto para la gestión, la imagen pública, como para el desarrollo de una adecuada articulación y diálogo con las demandas canalizadas por la sociedad civil y las organizaciones y movimientos sociales.

A partir de marzo 2020, la derecha lanzó su ofensiva reaccionaria desde el poder. A nuestras carencias de comunicación debemos agregar que en la actualidad, la contraofensiva mediática busca crear un nuevo relato regresivo y restaurador, donde no sólo algunos medios y sus operadores profesionales juegan un papel central, sino también los militantes comunes que desde las redes sociales repiten relatos, algunos mentirosos y canalleros, pero otros basados en la interpretación de hechos concretos que requerirían una presencia más definida, sistemática y persistente de las voces frenteamplistas.

Las dificultades en la conducción del Frente Amplio limitan su capacidad para contrarrestar de manera efectiva la campaña de la derecha. Desde las actuales circunstancias y con el impacto de la derrota a cuestas, la posibilidad de llevar adelante un proceso real de renovación se transforma en un objetivo de primordial relevancia política. Todo ello permanecerá como un desafío clave para las próximas autoridades partidarias, las cuales deberían surgir de un proceso electoral que aglutine amplios consensos capaces de trascender las lógicas sectoriales.

3.3 La campaña electoral

Durante la última campaña nacional resultó dificultoso identificar claramente dónde estaba la dirección y la línea estratégica de la campaña. No se percibió una coordinación fluida y efectiva entre fuerza política, bancada parlamentaria y gobierno, a punto tal que, en ciertos momentos, parecían existir tres orientaciones diferentes de la campaña.

Faltó sintonía en el discurso de los dirigentes. Mientras unos defendían la prioridad de ganar para asegurar y profundizar las transformaciones construidas, otros le restaban trascendencia a perder, en lo que parecía ser una justificación a priori de un resultado adverso.

La forma de comunicar fue débil e ineficiente, justamente para una herramienta estratégica que, tradicionalmente, resultó de las mayores fortalezas de la fuerza política.

Vale la pena mencionar la calidad del programa de gobierno desarrollado con el liderazgo de la Comisión Nacional de Programa y la participación de los comités de base y todos quienes quisieron aportar desde distintos ámbitos sectoriales y personales que culminó en la discusión en el Congreso. Sin duda teníamos el mejor programa y no se aprovechó como tal.

La falta de visión estratégica del Frente Amplio en su conjunto, sumada a un posible “exceso de optimismo” del candidato presidencial, colocó a la fuerza política en un escenario totalmente aislado, sin posibles aliados, a la hora del balotaje.

Una cosa sí quedó confirmada: el espíritu, la templanza y el compromiso de la masa frenteamplista que es a quién, en definitiva, debemos responder. La caravana final en Montevideo, el acto de cierre de campaña en Punta Carretas y especialmente esa embestida hacia el balotaje, en la cual resalta el importante papel jugado por las redes y colectivos frenteamplistas no convencionales que nos ubicó a un suspiro de la hazaña, constituye una clara señal de fortaleza y esperanza.

3.4 El FA y el cambio histórico acelerado

Una cuarta dimensión que entendemos debe integrar la autocrítica es la relación del FA con los cambios económicos, políticos y culturales acaecidos en los últimos 15 años en el mundo, la región y el país, para fijar el mismo plazo que los gobiernos progresistas. ¿Cuál ha sido nuestra capacidad de entender, asimilar e integrar a nuestro quehacer político este mundo cambiante?

Entre otras aristas de este cambio vale decir que ni el capitalismo en la era informacional es el de la era industrial de la fundación del FA, ni el imperialismo se despliega ni tiene la misma forma que en los siglos XIX y XX, ni los modelos alternativos pueden definirse bajo las mismas premisas políticas y conceptuales, ni la clase obrera ocupa el lugar histórico que tenía por su lugar en la producción durante el auge de la economía industrial.

- El derrotero de las principales experiencias de las izquierdas en el poder durante el siglo XX trajo, como no podía ser de otro modo, la crisis de sus marcos teóricos y métodos de análisis.
- La emergencia o empoderamiento de múltiples actores sociales como las mujeres y el potente movimiento feminista, el de derechos humanos, el ambientalismo, el animalismo y una infinidad de otros, a veces minoritarios, pero reales y muy diversos, junto a los tradicionales movimientos antirracistas, anticoloniales, sindicales, cooperativos, estudiantiles, entre otros. Aún dentro de los tradicionales hay diferentes potencialidades como muestra el movimiento antirracista y su última explosión mundial, los sin tierra o el de los pueblos originarios en América Latina.
- La crisis de la política democrática en occidente debido a su incapacidad de resolver los nuevos grandes problemas como el trabajo, la igualdad o el cambio climático, junto a la corrupción, exacerbó aún más la situación de angustia y frustración reinante. Lo cual ha dado pie a respuestas de extrema derecha con enorme apoyo popular. Y si bien sus resultados económicos y sociales son malos, especialmente en la pandemia, no hay garantías de su derrota en lo inmediato.
- Los cambios culturales enormes producto de la aceleración histórica que vivimos, la tecnología atravesando nuestras vidas en todos los ámbitos, las nuevas comunicaciones que abrieron definitivamente la participación masiva en todas las direcciones, los nuevos monstruos empresariales como Apple, Google, Amazon o Microsoft mueven más capital que varios estados e influyen directamente en todos los ámbitos globales.
- El renacer de las religiones y el fundamentalismo, no solo islámico. Veamos, por ejemplo, el papel de las iglesias pentecostales en América Latina y el desplazamiento de la católica, para evaluar el fenómeno.
- El crimen organizado internacional: el narcotráfico, la trata de personas, el lavado de dinero y el tráfico de armas, son negocios millonarios anclados en paraísos fiscales y leyes prohibicionistas, operando a través de la corrupción estatal y privada, que actúan a nivel global.

Este es solo un repaso que no hace más que mostrar que el instrumental teórico y metodológico utilizado otrora ha caído por vetusto. Su obsolescencia es parte de los duelos que debemos hacer pues, a pesar de hablar de concepción científica lo transformamos en dogma religioso.

Dimos la vida por nuestros valores y principios, sufrimos tormentos, prisión, exilio, destitución, clandestinidad. El quid está en separar valores y principios de ideología. Einstein no tuvo que abandonar la física y le dedicó toda su vida a pesar de descubrir verdades distintas que las de Newton.

El conocimiento científico y empírico se multiplica a pasos cada vez más vertiginosos en la medida que hay más científicos, laboratorios, universidades, fundaciones y personas dedicadas. Y miles de millones de seres humanos que crean, intercambian y producen. ¿Cómo no renovar, entonces, todo el instrumental teórico y metodológico incorporando lo nuevo y valioso? Y lo vigente del pasado, seguirá siendo útil.

4 Perspectivas

4.1 El Fa desde la oposición

La etapa política que vivimos tiene al gobierno ocupando el lugar central de la escena. En ese marco, el principal objetivo estratégico del Frente Amplio debe ser defender los logros alcanzados en materia de equidad, distribución de la riqueza y extensión de derechos. Para ello, recuperar el gobierno nacional en las elecciones de 2024 con una mayoría parlamentaria asegurada en la primera vuelta se convierte en un mojón relevante. Esto requiere recuperar la confianza de quienes no creyeron en el FA para octubre y ampliar la influencia entre los nuevos votantes, los sectores socialmente postergados de la población, los sindicatos y gremios de todo tipo y lo que en otros momentos fue concebido como el bloque social por los cambios. Mujeres y hombres trabajadores sindicalizados o no, empresarias y empresarios pequeños y medianos, profesionales independientes, intelectualidad, artistas y todos quienes busquen vivir en una sociedad sin las tensiones que genera la injusticia social y política, en plena libertad, bajo el imperio de la ley y la constitución y con el pleno respeto a la institucionalidad democrática.

Como minoría parlamentaria y sin el control de Ejecutivo, nuestras chances de frenar el retroceso requieren de una amplia movilización social. Lo que se logre en este sentido será relevante al reconquistar el gobierno, haciendo más viable la recuperación del ritmo de avances en la justicia social y la mejora de la convivencia.

El Poder Ejecutivo tiene la iniciativa política y el Frente Amplio debe volver a adaptarse a su rol de control opositor en los organismos estatales (Parlamento y entes públicos) y fortalecer sus vínculos históricos con el movimiento social. La construcción de una alianza social renovada dependerá también de una revisión crítica de nuestra propia estructura como Frente Amplio, para que ésta sea capaz de responder a las necesidades de la lucha política del siglo XXI.

Hoy por hoy, el FA debe utilizar su potencia política para evitar la consolidación de una hegemonía retrógrada que quiere dar vuelta atrás el sentido de la evolución del país.

Al FA le corresponde ser una oposición leal, honesta y defensora implacable de los derechos de las mayorías. Oposición a la vez firme, seria, creíble y responsable. Los ámbitos de trabajo político pueden dividirse esquemáticamente en tres: los organismos de control del Estado y los directorios de entes y servicios, el parlamento y la sociedad civil.

Tanto desde los organismos de control (Tribunal de Cuentas, Corte Electoral, etc.) como desde los directorios de los entes y servicios descentralizados, los representantes frenteamplistas deberán discutir un enfoque común e informar a la fuerza política de forma periódica. El camino prioritario es el del FA, a quien el cuerpo electoral confió la responsabilidad de control y no a los compañeros y compañeras que individualmente ocupen los cargos.

En el Parlamento el trabajo es de largo aliento. Allí los compañeros presentes no son técnicos, como en el ámbito anterior, sino que, además de cooperar entre sí como frenteamplistas, compiten por su imagen hacia la sociedad. Este doble juego, de bancada unida y de potenciales cabezas de lista, atractivos para los votantes, debe llevarse adelante con flexibilidad y entendiendo las necesidades de ambos roles.

Como oposición que es, el FA deberá trabajar para mejorar las leyes que lleguen del Poder Ejecutivo, trabajando en las comisiones, invitando sectores sociales y organizaciones a debatir con los legisladores y proponer nuevas leyes, aunque existan pocas chances de lograr mayorías para aprobarlas.

Para que la labor legislativa sea eficaz, debería ser un objetivo estratégico el de lograr alianzas puntuales con sectores que se desmarquen de la mayoría por un lado y ofrecer gobernabilidad al Ejecutivo a cambio de concesiones que impliquen el respeto a derechos ganados o la consecución de nuevos derechos para los trabajadores o colectivos vulnerables. Ejemplos de este tipo pueden verse en la discusión y votación de la Ley de Urgente Consideración. No todos los integrantes de la coalición creen en cada una de ellas y la habilidad del FA será encontrar socios para negarle los votos a iniciativas particularmente regresivas. Es fundamental lograr una mayor fluidez en el Parlamento, evitando la cristalización de una mayoría permanente que nos deje como espectadores de la restauración de derechas. El FA debe presentarse como un articulador al servicio del país, buscando los socios posibles para cada instancia concreta.

Sin desconocer la importancia fundamental de aislar a los sectores más retrógrados e impedir que se implante un retroceso en los avances del período progresista, el Parlamento también funciona como punto de amplificación de las voces de la izquierda. Legisladores que cooperen con la imagen común (en vez de competir de forma permanente), activos en las comisiones, con inteligentes intervenciones en los medios, con adecuada distribución de tareas o áreas de experticia, con grupos de asesores funcionando de manera integrada y cooperativa, darán confianza al electorado. Nuestros legisladores de hoy serán puntos de referencia mañana y en ellos depositará su confianza el electorado.

La tarea no deberá ser de mera oposición. Estamos convocados a la elaboración propositiva, en proyectos coherentes con nuestras ideas y programas, que funcionen a su vez como puerta abierta al diálogo con diversos colectivos que integran la sociedad uruguaya. Una labor parlamentaria de calidad deberá incluir la capacidad de construcción y propuesta de proyectos que amplíen el horizonte de las políticas públicas en términos de bienestar, equidad, seguridad y derechos humanos, entre otros objetivos. Más allá de que no se cuente con los votos necesarios para aprobarlas, este tipo de iniciativas irán madurando y podrán ver la luz en el marco de un próximo gobierno progresista.

Hay un tercer espacio de liderazgo y comunicación política que no se ubica necesariamente en el Parlamento sino en la propia fuerza política. El debate, el posicionamiento público, la resistencia al embate de la derecha y el conservadurismo, la convocatoria a pensar en clave renovadora y frenteamplista no puede ni debe ser patrimonio exclusivo de figuras parlamentarias, sino que requiere de la actuación de una dirigencia política frenteamplista en abierta comunicación con nuestros militantes y adherentes, pero fundamentalmente con la sociedad toda.

El cuarto ámbito es el de los movimientos sociales. Este es un elemento difícil de encuadrar, porque no sería el FA quien dirigiría la lucha. Pero es importante que sus militantes estén presentes en las organizaciones sociales de todo tipo. Sindicatos, organizaciones feministas, juveniles, estudiantiles, barriales, ambientales, de nuevas formas de convivencia, producción o consumo deben tener un reforzado peso en la escena política. Trabajar para un país mejor implica un relacionamiento dialéctico entre el FA, responsable de la síntesis política y los diferentes grupos humanos que buscan mejoras en temas específicos. Sin síntesis no hay avance, pero sin arraigo y participación en los movimientos de base es imposible entender las nuevas tendencias y búsquedas.

4.2 Un nuevo acuerdo político y social

El Frente Amplio fue creado en base a otro mundo, otro país y otras concepciones dominantes de izquierda. Su cincuentenario reclama renovar votos en todo sentido. Un nuevo acuerdo político y social es imprescindible. Del mismo modo que se logró aquel del 1971 entre fuerzas tan diversas que convergieron en base a un programa, hoy hay que reeditar esa matriz: juntarse con gente impensada por un proyecto que rompa el empate ya demasiado largo y que nos hace ir y venir, como estamos viendo.

Lo anterior implica revisar todo, sin miedos o prejuicios. Lo bueno y sólido, quedará; lo caduco, burocrático, limitante, cambiará. Con el principio democrático “un frenteamplista, un voto”, más participación de las formas más variadas y flexibles, y la incorporación de nuevos conceptos y experiencias organizativas como las redes y colectivos, y lo que surja en el proceso, se puede reforzar un FA con anclaje más profundo e incisivo en el territorio y en los ámbitos culturales.

4.3 Reforma del funcionamiento orgánico del FA

El próximo 7 de octubre se cumplen 50 años del llamamiento de 1970 firmado entre otros por Arturo Baliñas, Oscar Bruschera y Carlos Quijano, que da origen, en febrero de 1971, al Frente Amplio. Será momento de valorar nuestra historia, pero también de renovarnos.

Las claves para ganar el gobierno en 2024 no están ni en que al país le vaya mal en estos años, ni en algún truco publicitario para recuperar el 1% que nos faltó. Están en tener claro qué queremos hacer y tener un partido capaz de entusiasmar a la sociedad tras esa propuesta. Lo contrario sería querer ganar sólo por no dejar gobernar a los demás, o porque hay muchos que quieren recuperar un cargo público.

Precisamos volver a ser la referencia política de los más amplios sectores de la sociedad. Una sociedad que ha cambiado radicalmente, en parte gracias a nuestros impulsos. Pero, sobre todo, se ha hecho mucho más compleja. Está el movimiento sindical y los estudiantes, sí; pero también los habitantes de asentamientos, los productores, minoristas, pequeños y medianos empresarios y trabajadores del arte, y también los movimientos juveniles de distinto tipo, los de mujeres, de activistas por distintas reivindicaciones por derechos y reconocimiento de género, raza o discapacidad, el movimiento barrial y de los clubes deportivos que son un pulmón de la vida diaria. Y en casi todos esos sectores perdimos apoyo, escucha, contactos.

El Frente Amplio debe fortalecer ámbitos en los que se dé el análisis y la elaboración política, así como un aparato técnico propio de un partido moderno que incluya la estrategia de comunicación. Debe desarrollar la organización de forma de desestimular la fragmentación de los sectores y otras conductas no deseadas (principalmente las desviaciones éticas) en base a un fortalecimiento de la fraternidad frenteamplista. Para ello la organización debe estar orientada al logro de los objetivos de la fuerza política por encima del desarrollo de carreras individuales.

El Frente tiene una valiosa estructura militante, relativamente pequeña y centrada en ciertas partes del territorio. El funcionamiento orgánico debe desarrollar mecanismos para integrar a frenteamplistas que han elegido militar en otros ámbitos y a frenteamplistas no militantes. La falta de vínculos con frenteamplistas de diversos sectores corta el alimento de la organización con la población; obstruye el flujo de savia del conocimiento de primera mano de los problemas, aspiraciones y opiniones de la gente.

Proponemos ir a una estructura que respete todas las expresiones de nuestro movimiento. Una, la más amplia, es el electorado que elige los organismos dispuestos por la Constitución. Otra, la estructura de comités, coordinadoras y departamentales, sin la cual el Frente Amplio dejaría de ser el Frente Amplio. Por último y como otra forma válida de expresión del movimiento, la masa de adherentes, para quienes hay que instituir mecanismos flexibles y abiertos de participación. Esos tres universos deben ser coordinados de la mejor manera posible.

4.4 Organizar la participación política en el siglo XXI

En articulación con lo analizado hasta el momento, vale resaltar la necesidad de actualización y renovación en las formas en las que se expresa y canaliza la participación política en el FA. Cambios oportunos en este terreno permitirán abrir puertas y ventanas a nuevas generaciones de militantes y reconquistar a muchos de quienes se han ido desgastando y alejando y aguardan señales claras que los vuelvan a entusiasmar.

Debemos generar marcos de actuación y protocolos que nos permitan meternos de lleno en el entramado digital combatiendo la circulación de noticias falsas y otras operaciones destinadas a manipular la opinión de la sociedad. La generación de gráficos, videos cortos, imágenes y todo contenido que pueda circular fluidamente por estos espacios deberá ser tenido en cuenta.

La utilización de herramientas que permitan la participación orgánica a distancia también deberá ser consideradas como se ha venido haciendo. Formas que habiliten la toma de decisiones vinculantes tal como se hace en los espacios presenciales deberán sumarse a aquellas que promuevan la circulación oportuna de informes y otros documentos que aumenten nuestra capacidad de argumentación y de divulgación de conocimiento valioso en la interna. Promoviendo el protagonismo no solamente de dirigentes sino de voces y rostros menos conocidos, pero con historias valiosas que contar. Una participación basada en formas inclusivas, que tenga en cuenta los tiempos e intereses de este siglo y eliminen barreras invisibles que en particular excluyen a las mujeres.

Se hace imperioso desarrollar un uso intensivo de la información georreferenciada. En este sentido, la “Campaña de Cercanía” fue un ejemplo claro de impulsar un método científico para nuestra militancia, lo que llevó a la concreción de objetivos definidos. El Frente Amplio posee herramientas informáticas que se encuentran subexplotadas, a partir de las cuales podemos georreferenciar nuestra presencia en los barrios y localidades de todo el país. Con el aporte de datos que proporcione la militancia, nos permitiría cruzar datos en búsqueda de realizar acciones concretas que causen mayor impacto en los barrios y potencien nuestra referencia en los mismos.

Es decir, articular modalidades de participación, acordes con la dinámica social y los instrumentos de comunicación e información del siglo XXI, que permitan reactivar no solamente el involucramiento de nuestros militantes sino la interacción con la ciudadanía toda.

4.5 El terreno del pensamiento, el conocimiento y las ideas

Es necesario profundizar el intercambio con los principales centros de pensamiento científico del país. Estar atentos a su trabajo, incorporar permanentemente sus insumos. Ante los desafíos que vive el país tenemos la posibilidad y la obligación ética de tomar como referencia la mejor y última evidencia disponible y de escuchar a quienes trabajan en este ámbito. Tanto a aquellos que son frenteamplistas como a los independientes o pertenecientes a otros partidos. El Frente tiene que ser caja de resonancia y debe habilitar los espacios necesarios para que sus dirigentes y militantes de base se nutran con estos aportes.

Los fundaciones, organizaciones y centros de pensamiento progresista no partidaria también deben tener lugar en nuestra actividad. Promoviendo y facilitando su accionar y participando activamente en todas las instancias que permitan mejorar el vínculo entre la fuerza política y estas entidades, tanto a nivel nacional como internacional. Con el criterio más plural posible y atendiendo aquellos argumentos e ideas que estén dialogando con la actualidad y el mundo del futuro. El Frente no puede ser autosuficiente en ningún área, pero mucho menos en esta.

Es importante mantener y profundizar ámbitos de debate técnico, político e ideológico en la estructura del FA, con participación de militantes, comités de base, y sectoriales, que sostengan la comisión de programa, y ámbitos de formación y usina de ideas que deberían aprovechar y potenciar a la Fundación Líber Seregni actualmente subutilizada.

Se torna esencial impulsar la Escuela de Formación del Frente Amplio. No habrá proceso de renovación posible, que tenga por resultado un FA más fuerte, sin desarrollar una línea política en la dirección de un proyecto serio e innovador de formación que sea plural y participativo. También aquella formación referida a distintos aspectos de la política pública con cursos que profundicen en distintas áreas de la administración preparando a quienes tienen una actuación en el campo partidario para incrementar sus conocimientos básicos y especializados aplicables a la gestión.

Un desarrollo como el que se propone debería tener un especial énfasis y liderazgo de la Juventud Frenteamplista, aunque, no debería estar exclusivamente dirigido a ella. El proyecto elaborado por el Dr. Rodrigo Arocena cumplió su “etapa 0”, debemos retomarlo y conformar un proyecto a mediano plazo que nos permitan formar a nuestra militancia y generar un aporte cualitativo a nuestra organización.

4.6 Comunicación política en la era digital

Tenemos el desafío de desarrollar un adecuado aprovechamiento de las múltiples plataformas digitales. No desconocer ninguna, procurando dinamizar y actualizar los formatos. Grupos de mensajería, canales de información, videos online, transmisiones en vivo, mensajes de figuras públicas que tienen amplia incidencia en medios digitales, blogs, podcast.

Estos canales deben distribuir los mensajes claves de nuestras principales figuras sobre temas de actualidad, pero además deben volcar ideas sobre la realidad social, económica y política a través de herramientas y contenidos innovadores y dinámicos. Se trata de responder a la agenda cotidiana pero también de desarrollar líneas estratégicas de mediana duración en su desarrollo.

Todo esto tiene la finalidad de incidir en la agenda pública, así como de proporcionar a nuestros electores materiales de calidad para derivar a sus contactos directos.

Se torna a su vez fundamental maximizar la incidencia en medios tradicionales (radio, tv y prensa). El Frente, promoviendo y defendiendo la libertad de prensa, tiene la necesidad de contrarrestar la hegemonía de la derecha en este terreno. Debemos facilitar tanto como sea posible el desarrollo de aquellos medios con una perspectiva política afín, contribuyendo con contenidos, opiniones, difusión y cualquier otra acción que aporte a su consolidación y crecimiento. A su vez prestar particular atención y cuidado a la presencia de nuestras figuras y nuestros mensajes en medios locales y comunitarios.

La comunicación requiere de pensamiento y planificación estratégica. Contamos con diversos profesionales en la materia a quienes hay que escuchar, recibiendo las mejores recomendaciones técnicas y articulándolas permanentemente con la realidad y las orientaciones políticas que surgen de nuestros órganos de conducción.

4.7 El territorio y la descentralización.

El clivaje campo-ciudad compone una línea de larga duración en la historia uruguaya. El repliegue de las ideas progresistas al área metropolitana o a los centros urbanos es una tendencia que ya en otras oportunidades hemos sabido revertir. La tónica de nuestra actividad política debe ser la de una sistemática presencia y escucha atenta a los diversos ámbitos de la ruralidad y del interior del país. El discurso de que el Uruguay profundo, el de la producción agropecuaria fue postergado por nuestros gobiernos es completamente falaz. Sin embargo, hay que evitar cualquier tipo de soberbia y dar un vuelco a nuestra organización y nuestra estrategia política reivindicando y fortaleciendo la estructura de trabajo en todo el territorio. Esto requiere de una acción decidida de respaldo a los órganos departamentales con recursos y con presencia permanente de nuestros principales dirigentes y parlamentarios. No solamente en ámbitos políticos sino también culturales y productivos.

También deberemos dar a las administraciones departamentales frenteamplistas el mayor respaldo político, visibilizando su acción, sus liderazgos y promoviendo su consolidación.

Para esto, sería muy oportuno lograr identificar y potenciar liderazgos políticos surgidos del interior del país, incluyendo el ámbito rural. Facilitando que esas figuras cobren, al menos, un nítido alcance regional, cuando no nacional. Para ello, la creación de una Secretaría partidaria exclusiva para el interior, jerarquizada, con planes, recursos y acciones específicas, sería fundamental.

Finalmente, este documento realiza un aporte que necesitará ser profundizado y complementado con otros que agreguen distintos elementos. Todos fuimos parte del proceso, como nunca vale viejo dicho sobre “el que esté libre de pecado que arroje la primera piedra”. Pero ese talante no debe ser usado para esconder los errores y carencias sino para aceptarlas e integrarlas colectivamente.

La metodología de aportes y debates será clave para que un proceso de este tipo exceda el tratamiento burocrático. Sin una apertura real a la sociedad, a los frenteamplistas en primer lugar, no servirá de nada y todo seguirá su curso.

Si el Frente no es un problema del pueblo, si la construcción del espacio político del cambio progresista, humanista, sostenible, en el marco democrático no es apropiado por miles, la tarea renovadora será infértil.